

EL HUÉSPED DEL SEVILLANO

Zarzuela en dos actos, en prosa y verso,
Original de Enrique Reoyo y Juan I. Luca de Tena,
música de Jacinto Guerrero.
Estrenada en el Teatro Apolo de Madrid,
el 3 de diciembre de 1926.

La acción se sitúa a comienzos del siglo XVII.

Un apuesto pintor cortesano, Juan Luis, conversa en una espadería, cuyo portal se abre a una plazuela próxima a las márgenes del río Tajo, con el Corregidor y algunos amigos, en tanto que maese Andrés Munestein pule y remoja la tizona del caballero. Un grupo de muchachas llena, mientras tanto, sus cantarillos en la fuente próxima, y sus intencionadas coplas se mezclan armoniosamente con el canto, de empaque casi marcial, de los espaderos que trabajan en la forja.

1.- INTRODUCCIÓN **coro de mozas y espaderos**

Mozas:

En la fuente cristalina
duerme el amor a esta hora.
Mocita que va la fuente, se enamora
se enamora.

Espaderos:

Forja la espada, espadero,
y no des paz a la mano,
porque las forjas de acero toledano.
Forja, forja, espadero,
tu fino acero sin descansar,
templá la hoja afilada
de fina espada, daga y puñal.

Ginesa:

Igual que mi cantarillo
con el agua se colmó,
con tus decires, ¡ay, madre!
se llenó mi corazón.

Espaderos:

Forja, forja, espadero,
tu fino acero sin descansar,
templá la hoja afilada
de fina espada, daga y puñal.

Ginesa y mozas:

Igual que mi cantarillo
con el agua se colmó,
con tus decires, ¡ay, madre!
se llenó mi corazón.

Ginesa: (*marchándose*)

En la fuente cristalina
duerme el amor a esta hora.
Mocita que va la fuente, se enamora
se enamora.

Juan Luis confiesa a sus amigos que ha llegado hasta la Ciudad Imperial atraído por el renombre de cierta Constancia, la fregona del Mesón del Sevillano. Busca, en efecto, un rostro adecuado de mujer para representar a la santísima Virgen en pintura que se dispone a realizar por encargo del mismísimo Rey. El Corregidor, durante una momentánea ausencia de maese Andrés, le advierte que para lograr lo que se propone no tendrá que moverse siquiera de la espadería, donde hallará una modelo aún mejor que aquélla. Pues la hija del viejo espadero converso es, al par que bellísima, de hebrea estirpe y, como tal, ni hecha de encargo para posar con tal propósito.

Entre tanto, maese Andrés alcanza a Juan Luis la espada que le fuera confiada por éste horas antes. A la vista de su reluciente tizona, el joven pintor da rienda suelta a su entusiasmo.

2.- CANTO A LA ESPADA.

Juan Luis, M. Andrés, Capitán y Corregidor

Juan Luis:

Fiel espada triunfadora,
que ahora brillas en mi mano,
y otros hombres y otras lides
ya tu gloria conoció;
yo venero la nobleza
de tu acero toledano,
que del tajo entre las aguas
recientemente se templó, se templó.

¡Ah!

¡Brilla, tizona
de fino acero,
igual que un claro
rayo de luna!
¡Brilla, tizona,
que a tu luz quiero
hallar la senda
de mi fortuna!

Sé en las lides como rayo
que no cede ni perdona;
hiere siempre que te asistan
el derecho y la razón, la razón.

¡Ah!

Los otros:

¡Brilla, tizona
de fino acero,
igual que un claro

rayo de luna!
Juan Luis
¡Brilla, tizona,
que a tu luz quiero
hallar la senda
de mi fortuna!
¡Brilla, tizona,
que a tu luz quiero
hallar la senda
de mi fortuna!

Todos se marchan, salvo Juan Luis y su escudero Rodrigo, que ronda la fuente a la caza de mozas. Al dar con él, el caballero le cuenta su nuevo descubrimiento, ya que a raíz de la revelación del Corregidor y su capitán amigo, arde de impaciencia por conocer a esa nueva beldad que, según le dijeran, sobrepasa con creces la belleza de la criada del mesón.

No tiene que esperar mucho para lograrlo, ya que la hermosa Raque, discretamente velada, sale en ese momento de la vivienda del espadero, respondiendo al reclamo de piedad de la campana de la catedral, llamando a los fieles al oficio.

3.- CUANDO EL GRAVE SONAR DE LA CAMPANA **Raquel, Juan Luis**

Raquel:
Cuando el grave sonar de la campana
a los fieles invita a la oración,
gentilmente, la moza toledana
va la iglesia con toda devoción.
Bajo el manto, velada y misteriosa,
es más puro su encanto virginal,
y un galán, al cruzar presurosa,
la ofrenda la rosa
de su madrigal.
¡Ah!
Castellana, toledana,
por besar tus labios grana
perdiera vida y honor,
perdiera vida y honor.
Toledana, castellana,
flor de amor.
Toledana flor de amor.

Juan Luis:
Castellana, toledana,
por besar tus labios grana
perdiera vida y honor.

Raquel:
Perdiera vida y honor.

Juan Luis:
Toledana, castellana.
Flor de amor.

Raquel:
Toledana, flor de amor.

Conmovidó por la singular belleza de la muchacha, Juan Luis retorna a la espadería tan pronto como ella se marcha, dispuesto a obtener del anciano maese Andrés la venia para retratarla. El espadero, alarmado por la sugerencia del pintor cuando éste alude al perfil hebreo de su hija –ya que ambos, cristianos “nuevos” se esfuerzan por hacer olvidar su origen judío- intenta rehusarse, cuando les interrumpe un rumor de lucha y entrechocar de espadas y el angustioso reclamo de una voz de mujer pidiendo socorro, que maese Andrés reconoce al instante como su hija. Mientras Rodrigo se esfuma prudentemente, Juan Luis y el espadero corren en la dirección de la disputa, en tanto que llega Raquel, jadeante y aterrada. En la calleja próxima se está batiendo el conde Don Diego, noble vecino de la espadería, con tres desconocidos a quienes no tarda en poner en fuga con el oportuno auxilio de Juan Luis. Como es lógico, éste ha deducido de la escena que Don Diego está en aprietos por proteger con su espada a la hija de maese Andrés. El pintor sufre en la breve refriega una leve herida en la mano. El conde, tras lamentar el incidente y dar a Juan Luis efusivas gracias por su oportuna intervención, entra en el palacio, con frente a la misma plazuela a la cual se abre el portal de la espadería. Mientras restaña la sangre que mana de la herida, Raquel revela a Juan Luis la verdad de lo acontecido. Eran los tres desconocidos quienes en verdad se batían por ella, y el conde un villano que la persigue desde hace tiempo, importunándola con sus locas pretensiones. Si hasta el momento se lo ha ocultado a su padre, es sólo por su temor ante las posibles consecuencias, dado el poderoso valimiento de su ofensor.

4.- DÚO: INSOLENTÉ, PRESUMIDO **Juan Luis, Raquel**

Juan Luis
Insolente, presumido,
fanfarrón y pendenciero
procediendo cual villano,
os corteja un caballero
que tan sólo la ropilla
y el nombre tiene de tal.
Si él os pide vuestra mano,
yo amor brindaros prefiero;
él es la fuerza insolente,
y yo soy el madrigal.
Raquel:

Insolente y presumido,
me corteja un caballero;
de sus acechanzas ruines
defendíome vuestro acero,
y por eso, agradecida
yo siempre a vos viviré.
Más el amor no se logra
jamás con un gesto fiero,
precisa llegar al alma...

Juan Luis:

Yo a la vuestra llegaré.
Moza, la toledana,
la flor galana
del Cigarral,
vuelve hacia mí los ojos
y mis enojos
se calmarán.
Moza, la toledana,
la mas galana
que pude ver;
mira mi ardiente anhelo,
dame el consuelo
de tu querer.

Raquel:

Noble y galán caballero,
que por mi honor ha reñido
y defenderme ha sabido con su acero;
dejad que vivan las flores
de los amores en el rosal
donde vive dichosa
la humilde rosa del Cigarral.

Juan Luis:

Flor y mujer que presentí,
arte y pasión viven en ti.

Raquel:

No es vuestro amor para Raquel.

Juan Luis:

Musa serás de mi pincel.
Para el arte yo vivía
y triunfar sólo anhelaba,
la mujer que presentía
por mi senda no cruzaba.
Si al mirar hoy vuestros ojos
en su fuego me abrasé
es que amor mi vida entera
colmó como yo aguardaba.

Raquel:

El amor vive en el alma.

Juan Luis:

¡Yo a la vuestra llegaré!

Raquel:

Moza, la toledana,
la flor galana
del Cigarral,
temo que con su mano
el hortelano
la pueda ajar.
Debo, reconocida,
darle mi vida,
más no mi amor.

Juan Luis:
Moza, la toledana,
la flor galana
del Cigarral,
vuelve hacia mí tus ojos
y mis enojos
se calmarán.
Óyeme, toledana,
rosa temprana
de mi pasión...
¡Quiero tu amor!

Con graciosa reverencia, la muchacha se despide del pintor para retornar a sus aposentos. En cuanto a él, al regresar a la plazuela encuentra a Rodrigo alardeando de haber participado eficazmente en la descomunal batalla de momentos antes, si bien, apremiado por las preguntas de su amo, concluye por admitir que su caprichosa espada se negó tozudamente a salir de la vaina. Pero no será éste el último aprieto en que ha de verse todavía el embustero Rodrigo. Por haber echado a rodar poco antes trola, asegurando a unas guapas muchachas que para salvar su vida en un naufragio había jurado desposar a la mujer más fea que encontrase, andan ya en su busca todas las feas de Toledo. Por su parte, los más guapos donceles de la Imperial Ciudad recorren las calles en pos de las gracias de la bella Constancia. Y todos coinciden en la plazuela: lindos y feas, Constancia y el escudero.

5.- PASACALLE DE LINDOS Y FEAS **Rodrigo, Constancia y Coro**

Feas:
No me seas esquivo,
porque no vivo.

Lindos:
Quiéreme, Constancia,
que yo te adoro.

Feas:
Mira que fea.

Lindos:
Mira que lindo soy.

Rodrigo:

Para un hombre solo,
son muchas feas.

Constancia:

Que caterva de lindos
llevo a mi vera.

Feas:

Mira que horrible.

Lindos:

Mira que lindo soy.

Constancia:

Bello doncel,
por favor, por favor, por favor,
no me atosigues más,
porque inútil será.

Rodrigo:

Fea mujer,
déjame, déjame, déjame,
que al ver tu fealdad
de pavor moriré.

Feas y lindos:

¡Quiéreme, por Dios!

Constancia:

(La mujer.

Rodrigo:

(Un doncel.
ya no puede salir
jamás sin sentir
de amor el asedio.

Feas y lindos:

Tú verás.

Los dos:

¡Ay, que miedo me dan!

Feas y lindos:

Que jamás hallarás
un amor como el mío.

Cásate,
y dudar no podrás...

Lindos:

Que soy un galán...

Feas:

Que soy vieja y fea.

Los dos:

Idos ya.

Feas y lindos:

¡Ay, que susto me dio!

Lindos:

En ti estriba mi amor.

Feas:

Fíjate, soy horrible.

Constancia:

(Bello doncel

Rodrigo:
(Fea mujer
por favor, por favor, por favor,
no me atosigues más,
porque inútil será.
Déjame ya,
déjame, déjame, déjame,
que al ver tu terquedad
de pasión moriré.

Dos feas:
La nariz tengo roma.

Otras dos:
Las piernas zambas.

Dos lindos:
Fíjate en mi hermosura.

Otros dos:
Y en mi elegancia.

Dos lindos:
Mira que lindo.

Dos feas:
Mira que fea soy.

Feas:
Tiene una dama.

Lindos:
Tiene un galán.

Feas:
¡Quién lo pensara!

Feas y lindos:
Vámonos ya.

Rodrigo:
Si es un infierno
tenerlas juntas,
a vuestro lado
la gloria está.

Lindos y feas se marchan formando grotescas parejas –no sin ostensible resignación por parte de ellos- y los nuevos amigos, Constanca y Rodrigo, se cruzan con Raquel, que vuelve a salir de su casa.

La criada del mesón del Sevillano explica al escudero que ha venido a la espadería en busca de una daga cuya empuñadura mandó a componer un singular huésped, hombre de letras el tal hidalgo, información que al punto completa maese Andrés, quien la tiene por “tan grande ingenio, que jamás de tal manera logró ningún otro” entretener los ocios del espadero con sus escritos.

Tras recibir la recompuesta daga de manos del espadero, Constanca inicia su viaje de regreso acompañada ahora por Rodrigo, quien la lisonjea lamentando que sea tan hermosa, por la cuenta que le tiene su promesa de casar con “la mujer más fea”.

Comienza a cerrar la noche, y del palacio de Don Diego emergen las figuras de éste y de varios embozados servidores.

6.- EL RAPTO – Final acto I
Don Diego, Juan Luis, Embozados

Diego:
Salid, mis fieles criados;
lo que os dije recordad,
y esta noche será mía
la moza del Cigarral.
Nadie en la plaza,
sola la calle.
Nos es propicia
la oscuridad.
Nadie sospecha
que la paloma
hoy a su casa
no volverá.

Embozados:
Nadie en la plaza,
sola la calle.
Nos es propicia
la oscuridad.
Nadie sospecha
que la paloma
hoy a su casa
no volverá.

Diego:
Ocultaos, por ahora.
Cuando llegue la paloma,
si resiste a mi pasión,
la cogéis entre los cuatro
y a la moza que idolatro
la lleváis hasta el mesón.

Embozados:
Nadie en la casa,
nadie en la calle.
Nos es propicia
la oscuridad.

Diego:
Ella lo sabe,
¡pobre paloma!,
que hoy a su casa
no volverá. (*Raquel aparece por la calleja*)
Raquel, divina doncella.

Raquel:
Dejadme pasar, señor.
Es tarde y mi padre espera.

Diego:

Más tiempo te espero yo.

Raquel:

Ya os dije que mi cariño
no será vuestro jamás.

Diego:

Pues, de tu grado o por la fuerza,
juro que mía serás. (*Los cuatro embozados la sujetan*)

Juan Luis:

Castellano, toledano,
por librarla del villano
perdiera vida y honor

Coro:

Perdiera vida y honor.

Juan Luis:

Yo te juro, castellano, por mi honor,
que a salvarla va mi amor.

Coro:

El artista cortesano,
por salvarla del villano
perdiera vida y honor.

Juan Luis y Coro:

Perdiera vida y honor,
perdiera vida y honor.

Juan Luis:

Yo te juro, castellano, por mi honor,
que a luchar voy por su amor.

Coro:

Dios proteja al castellano y a su amor,
a luchar va por su amor.

A la mañana siguiente, llena de sol que ilumina y entibia el paisaje, Juan Luis, embarcado ya en la tarea de liberar a la infortunada Raquel, obtiene de Rodrigo, al que aguarda junto a la carretera, en las afueras de la ciudad, una preciosa información lograda a través de Constancia: Al mesón del Sevillano han llevado esa noche, contra su voluntad, a una joven a quien retienen prácticamente secuestrada en su habitación. El escudero deberá seguir investigando por sí mismo hasta que llegue el momento de que intervenga decisivamente el caballero, con quien habrá de encontrarse más tarde en las proximidades del mesón.

Un mozo azuza a sus mulas, en plena labranza, y llegan de Lagartera, con su típico atuendo, las mozas que desde allí descienden hacia Toledo para vender sus mercancías en la ciudad.

7.- Introducción Acto II y LAGARTERANAS **Carretero, Lagarteranas**

Carretero:

Para mula de varas, la “Capuchina”,

para mula de veras, la “Capuchina”;
para tirar con alma, la “Peregrina”;
La “Perla”, a esa da gusto verla en el barro.
Siempre la mejor mula me arranca el carro.
¡Arre, mula, arre!
Siempre la mejor mula
me arranca el carro.

Coro:

Caminito de Toledo,
para descansar,
siente el mozo toledano
la ilusión de amar...
Ved, mirad...

De Lagartera vienen ya
sus mercancías a vender.
Mozas tan guapas como allí
en todo el mundo no se ven.

Teresa:

Corred más,
que antes que sea noche debemos llegar,
y volver temprano para descansar,
después de vendido lo que aquí traemos
para las mocicas que quieran casar.

Lagarteranas:

Para las mocicas que quieran casar.

Teresa:

Toledana, traigo para ti
unas galas, con las que serás
la mujer más feliz
a quien pueden amar.
Toledana traigo para ti.
Lagarteranas somos,
venimos todas de Lagartera.
Traemos mercancías
de Lagartera y de Talavera.

Lagarteranas:

Lagarteranas somos,
nacimos todas en lagartera.
Lindos encajes traigo
de Lagartera y de Talavera.

Teresa:

A bailar
que por las escaleras baja el padre Juan,
pidiendo limosna para predicar,
y baja diciendo: ¡Agáchate, Pedro!
¡Agáchate, Pedro, y agáchate, Juan!

Todos:

¡Agáchate, Pedro, y agáchate, Juan!

Teresa:

Ese es nuestro cantar popular
con que expresa su dicha al bailar

la mocita gentil
que en Toledo nació.
Ese es nuestro cantar popular.

Lagarteranas:
Lagarteranas somos,
venimos todas de Lagartera.
Traemos mercancías
de Lagartera y de Talavera.

Coro:
Lagarteranas guapas
que vienen todas de Lagartera,
venden sus mercancías
de Lagartera y de Talavera.

Teresa:
Lagarteranas somos,
venimos todas de lagartera.
Lindos encajes traigo
de Lagartera y de Talavera.

Rodrigo se encuentra ya al acecho en la posada, donde asiste al arribo de un clérigo montado en un burro cargado con henchidos serones repletos de hábitos similares al que lleva puesto. Al escudero le llaman la atención los rasgos fisonómicos del nuevo mozo del mesón, que ha acudido a abrir el portal. Claro está... ¡si es el mismo Don Diego disfrazado de tal! El tonsurado recomienda al fingido mozo de mulas cuidar de la suya y de los serones en los que trae hábitos para los monjes de su orden. Rodrigo no olvidará por cierto esta referencia, y se marcha, curioso y vigilante, tras el pretendido mozo. Constanza ha averiguado ya –y así se lo comunica a su tío el posadero- que aquella señora es una dama raptada por el falso criado, a quien asombra a su turno el porte de Constanza, la cual parece “más bien hija del Comendador que sobrina del mesonero”. Tal es la opinión que de ella tiene también el Huésped del Mesón del Sevillano, quien desde el portal alcanza a oír aquellas palabras y añade: “Tampoco tú pareces mozo de mulas”. A solas, por fin, la muchacha, hace su aparición un nuevo clérigo... Es Rodrigo disfrazado con uno de los hábitos, quien está maquinando un plan cuya primera etapa consiste, para él, en mudar de personalidad. Divertida, Constanza, se presta al juego del presunto frate.

8.- DUETTO. SI TÚ FUERAS PASTORA **Rodrigo, Constanza**

Rodrigo:
Si tú fueras pastora,
yo fuere corderito, ¡be, bee!
Triscara por el prado,
travieso y rizadito.

Constanza:

Si yo fuera pastora,
tuviera mi pastor, ¡be, bee!
que tierno me arrullara,
que amante me contara,
que ardiente me pintara
las ansias del amor. ¡Beeee...!

Rodrigo:

¡Beeee....!

Constancia:

Las ansias del amor...

Rodrigo:

¿Amor? ¡Terrible cosa!
¿Tú lo has nombrado?
No lo mientes, hermosa,
que es gran pecado.

Constancia:

¿Decís que es gran pecado?

Rodrigo:

De perdición,
si no le salva un acto de contrición.

Constancia:

¡Ay, que miedo me da!
¡Confesión, confesión!

Rodrigo:

El infierno abrirá
para ti su mansión.

Constancia:

Padre mío, ¡qué horror!
¡Yo pequé! ¡Yo pequé!

Rodrigo:

¡Si es pecado de amor,
perdonarte sabré!...

Constancia:

¡Confesión!

Rodrigo:

¿Tú estarás arrepentida?

Constancia:

Lo está toda la vida
la que a un galán oyó...

Rodrigo:

¿Tú?

Constancia:

¡Yo!

Rodrigo:

Pues ten mucho sentido,
que alguna he conocido
que, ante un galán rendido,
su corazón abrió...

Constancia:

¿Tú?

Rodrigo:

¡Yo!
¡Y ya no le cerró!...
Constancia:
¡Ay! ¡Qué miedo me da!
¡Tu perdón!
Rodrigo:
Mi perdón,
¡o el infierno abrirá
para ti su mansión!

El mozo –o sea, Don Diego- alcanza a asistir al final de la escena, y sorprendiendo al fingido clérigo, le induce a poner los pies en polvorosa. Y ordena a Constancia que vaya en busca de Raquel y la traiga a su presencia. El diálogo es presenciado, aunque no escuchado, por el Huésped, quien intercambia algunas razones con el falso mozo a quien tiene –y no yerra- por persona de superior condición, al igual que la pretendida fregona, que se le antoja cumplida dama de elevadísima alcurnia, la cual, quien sabe por qué razones, se finge momentáneamente criada.

El posterior diálogo de Don Diego con la raptada doncella es muy breve. Él está dispuesto a hacerla suya, y le anuncia que esa noche deberá seguirle, de grado o por fuerza, alejándose con él de Toledo. Dicho lo cual se marcha, no sin antes recomendar al mesonero que se cuide de tener bien guardada la puerta.

8.- ROMANZA: LA PENA ME HACE LLORAR

Raquel

Raquel:
La pena me hace llorar,
consuelo me da el amor
que sabe, amor, en el alma
mitigar el dolor.
Hoy, que sueño, enamorada,
mi sueño es un ciego afán.
¡Quién pudiera convertirlo
en feliz realidad!
Si saber Juan Luis pudiera
el sitio de mi prisión,
por mi libertad vendría
para luchar por nuestro amor.
Que sabe amar y en el alma
mitigar el dolor.
En mi corazón vacío
hice un altar para él.
¡Defenderle y defenderse
sabrán Raquel, sabrán Raquel!

Esa noche habrá baile en el mesón y Don Diego aprovechará con sus secuaces el natural jolgorio

originado por la fiesta para iniciar, sin mayores riesgos, el cumplimiento de su siniestro plan. Mozas, mozos y músicos, con los cuales se mezclan sigilosamente los embozados de Don Diego, comienzan a entrar, en tanto que Raquel regresa, desconsolada, a su aposento.

9.- BAILE DE LA CHACONA **Don Diego, Constanca, mozas y mozos**

Coro:

Entren, pues, todos los ninfos
y las ninfas que han de entrar,
que el baile de la Chacona
es más ancho que la mar.

Diego:

Dadme acá la guitarra, ventero,
y a las mozas hagamos bailar.
Atended a mi son, porque quiero
al bailar que miréis lo primero
a los pasos que os voy a tocar.

Constancia:

El brío y la ligereza
en los viejos se remoja,
y en los mancebos se ensalza
y sobre todo se entona.
Que el baile de la Chacona
encierra la vida bona
Esta a quien es tributaria
la turba de las fregonas,
la caterva de los pajes
y de lacayos las tropas,
dice, jura y no revienta
que, a pesar de la persona
del soberbio Zampapalo,
ella es la flor de la olla,
y que sólo la Chacona
encierra la vida bona.

Coro:

El brío y la ligereza... *etc.*

La fiesta concluye con formidable escándalo que inicia Rodrigo (disfrazado siempre de fraile) insultando a Don Diego sin que éste pueda identificarle, y rematan eficazmente con la mayor contundencia de secuaces del segundo. El falso mozo promete al mesonero recompensarle con largueza si con su ayuda puede sacar de la venta, a media noche, a la dama en custodia. Un coche con buen tronco aguardará en la vecina plaza de Zocodover. Entre tanto, que el mesonero cuide que no salga del mesón mujer alguna, no sea cosa que escape el pájaro.

Otras dos personas han estado atentas al diálogo, enterándose así de sus planes: el Huésped, que aún

permanece en el oscuro rincón donde se guareciera al arreciar la tremolina y Constancia, que estuvo vigilando desde que acompañó a Raquel a la planta superior. Previo un sugerente cambio de impresiones entre ambos, Rodrigo acuerda con la moza el procedimiento por el cual el caballero, luego de recibir las señales que Raquel habrá de transmitirle con la lámpara, desde su cuarto, ingresará sin ser visto al patio del mesón. Y mientras el proceso se cumple y entra Juan Luis para recitar apasionado soliloquio, Constancia irá otra vez en busca de Raquel, a la que guiará con sigilo a la planta baja.

10.- ROMANZA:
MUJER DE LOS NEGROS OJOS
Juan Luis

Juan Luis:
Mujer de los negros ojos,
la de la trenza morena.
Mujer de los labios rojos
como la flor del amor.
Mujer de perfil gitano,
que tiene sangre agarena...
¡Mujer de cuerpo pagano,
eres llama, verso y flor!
Raquel,
tras de ese muro prisionera,
mi amor
de tu prisión viene a librarte.
¡Mujer,
el que te dio su vida entera,
morir
sabr  por ti para salvarte!

11.- NOCTURNO
El huésped, un pregonero

Huésped:
Pintura sobre pintura,
traiciones y encrucijadas;
raptos, celos, cuchilladas,
misterio, amor aventura...

Pregonero:
Alma que en pecado est s...
si en esta noche murieras,
¡mira bien adonde fueras,
alma que en pecado est s!

Huésped:
Mezcla admirable y extraña...
Místicos y aventureros,
y poetas, y guerreros.
¡Es Castilla... y es España!

Al sonar de su campana,
sabe hablar al corazón,
con voces de tradición,
la Catedral toledana.
Toledo, solar hispano,
crisol de la raza ibera,
¡dichoso aquél que naciera
español y toledano!
¡Oh Toledo, si yo puedo,
para tu honor y mi gloria,
he de escribir una historia
en un mesón de Toledo!

Llaman al portón y, al oírlo, el Huésped se retira abandonando sobre la mesa el recado de escribir. Es Don Diego que llega, recuperada ya su apariencia de caballero, y dispuesto a cumplir la etapa final de su maléfica maquinación. Rodrigo –siempre con su disfraz de fraile- le entretiene siguiendo las instrucciones de su señor. Aunque su impaciencia es evidente, Don Diego no puede actuar con la celeridad que entraba en sus planes y comienza a perder un tiempo precioso, bien aprovechado por el escudero de Juan Luis para dar una buena lección a los malvados. Cuando grandes golpes suenan nuevamente en la puerta y se oyen gritos de "¡Abrid a la justicia!", Don Diego comprende que ha sido burlado.

La aventura ha terminado, con su merecido para cada cual. Don Diego y sus servidores, detenidos por los corchetes; los dos jóvenes amantes, Raquel y Juan Luis, tornando a la espadería portadores de la buena nueva para maese Andrés; Rodrigo, por fin, con la esperanza de volver en busca de Constancia... aunque tenga que abandonar su promesa de desposar a una fea. El patio del mesón del Sevillano recupera así, pasada la medianoche, la silenciosa serenidad que a tal hora corresponde. El Huésped, retornando, vuelve a tomar asiento frente a la mesa, empuñando otra vez la pluma. Constancia, que se apresta a recogerse en su aposento, se detiene un momento junto al escritor, con la lámpara en alto.

12.- FINAL Constancia, el Huésped

Constancia:

¿Pues ahora, señor, qué hacéis?

Huésped:

Ningún momento mejor
para empezar mi labor.

Constancia:

¿Y qué es lo que escribiréis?

Huésped:

Vas a saberlo, curiosa.

Escribo, Constancia hermana,

la historia de una villana
tan honesta y tan hermosa,
que, aunque nació en baja esfera,
por gran dama la tomé.
Yo harté creer que lo fue
a la gente venidera.

Constancia:

¿La historia de mi persona?

Huésped:

Y el título tengo ya.

Constancia:

¿Pues cómo se llamará, señor?

Huésped:

"La ilustre fregona"

FIN